



JUAN FERNANDEZ Y PASCUA

Eduardo Villarroel Contreras *



Una noche de verano zarpamos de Valparaíso rumbo al este, en dirección a las islas. Era mi primer embarque en el *Pinto*. Viajamos en

pos de Juan Fernández, y luego a Pascua.

La muy "traviesa" corriente de Humbolt nos batió de costado, provocando caídas de objetos y mareo general.

Pero a la madrugada posterior pudimos observar, entre las brumas de la mañana, la majestuosa estampa del Yunque y otros promontorios.

Fondeados en Cumberland, se nos ordenó efectuar una "visita profesional" a las instalaciones de tierra.

Cabe recordar que el viaje con la "mar de través" fue delicioso para los peces, pero caótico para los tripulantes.

Por ello estábamos totalmente hambrientos al arribar a Juan Fernández.

Bajamos a tierra y visitamos radios, cañones, cúpulas, etc., pero nadie nos atendía nuestra principal preocupación: comer.

Gracias a Dios, un macizo y afable Suboficial Mayor que era el Capitán de Puerto, nos llevó a su casa ...¡espectación!...Ingresamos al living... y sólo recibimos conversaciones ¡Oh desencanto!

Pero, quiso nuestra buena ventura que se abrieran las puertas rodantes del salón y vislumbramos una enorme mesa, grande y

larga, cubierta de centenares de sandwiches de *langosta*...

No se crea que eran pequeñeces, o petit bouchet. ¡Eran panes grandes! Las langostas estaban a razón de una por cada pan.

El resultado de ese néctar divino en los oprimidos estómagos de los Subtenientes fue excelente.

El ataque a las mesas duró sólo algunos minutos y todos los sandwich desaparecieron.

Tranquilizado ya el "espíritu", pudimos continuar con agrado la visita. Desde el mirador de Selkirk fue posible observar las rompientes enormes del sur.

Una buceadita me permitió ver perderse el fondo en las aguas transparentes de la gran pendiente de la playa de piedra al lado del muelle.

Pese al buceo no pude ver ninguna langosta, habitantes de lo más profundo. ¡Ahora, realmente ya no me importaban, porque las había visto en plenitud en la casa de mi Suboficial!

Nuevamente navegamos al este. Seis días sin ver más que mar y sol.

Finalmente llegamos a la isla de Pascua un caldeado mediodía, pasando por sobre el "hoyo de mar", al lado del volcán Rano Kao, y fondeando en Hanga Piko.

Entre los oficiales jóvenes ya no picaba el hambre, pero sí la curiosidad por lo que se decía de la isla: Sus monumentos misteriosos, sus mujeres polinésicas, sus playas.

* Oficial de Reserva Naval. Abogado. Juez de Policía Local de Ñuñoa. Destacado Colaborador, desde 1982.

Los monumentos existen y los visitamos; los Moais de piedra son un verdadero enigma mundial. Las mujeres fueron menos enigmáticas.

Las playas, un sueño irreal de calorcillo y blanca arena, con plantas de color verde nilo en aguas transparentes.

Un día subió a bordo Pedro Atán, que se decía Alcalde y proclamaba urbi et orbi que era el "único" descendiente de los nobles orejas largas.

La historia era que muchos años antes en Pascua gobernaban los nobles, que tenían como característica sus orejas deformadas por los aretes de gran peso que usaban. Los esclavos (equivalente a nosotros, chilenos medios o empleados públicos) eran orejas cortas.

Cierto día estalló una revolución. Los orejas largas se refugiaron en el cerro Poike y lo protegieron con una muralla de material inflamable. Eran menos en número y debían parar a los orejas cortas. Pero al final, como en la revolución francesa, triunfaron los orejas cortas (algunos de los cuales se cocinaron a fuego lento en la muralla) exterminando a los nobles. Sólo "un" antepasado de Pedro Atán se salvó, escondido en una ladera inaccesible del Poike. De allí provenía, por tanto, la familia Atán.



Isla de Pascua, moai en la ladera del volcán Rano Raraku.

Ignoro si la historia es verídica o no, pero en todo caso es sabrosa y bastante posible, pues nuestro Pedro Atán tenía, aún después de muchos años, largas orejas que lo distinguían de los demás pascuenses.

* * *

